

morir, yo, cristal? Yo, el cristal. Esta guerra la tenía yo desde hace mucho tiempo dentro de mí. Por eso no me importa nada en cuanto a mi fuero interno. Para sacarme a mí mismo de entre las ruinas, tendría que volar. Y volé. En ese mundo destrozado ya sólo vivo en el recuerdo, así como a veces se piensa en algo pasado. Por lo tanto, soy abstracto con recuerdos. Ciertas estructuras cristalinas contra las que a fin de cuentas nada puede una lava patética.

Como afirma Christian Gelhaar:

Estas frases claves iluminan la concepción del mundo y la orientación artística de Klee. Las agitaciones de la guerra han contribuido a acelerar el final de un largo desarrollo, que además nos manifiesta, en el uso de expresiones como «cristalino», «abstracción» o «inmanencia», la influencia decisiva del pensamiento de Wilhem Worringer, el famoso autor de *Abstracción y naturaleza* y *La esencia del estilo gótico*, que tanta proyección tuvo entre los pintores del «Caballero Azul»: Kandinsky, Marc y, como vemos, el propio Klee.

Worringer partía del principio de que la obra artística reflejaba el estado psíquico en el cual se encuentra la humanidad frente al cosmos, frente a los fenómenos del mundo exterior. Una esquematización dialéctica le llevó a oponer la «proyección sentimental» (la *Einfühlung*) al deseo de abstracción, en los que veía los dos polos del sentido artístico humano. Mientras que

«la proyección sentimental», atraída hacia lo orgánico vivo, está condicionada por la existencia de relaciones familiares, estrechas y panteístas entre los hombres y los fenómenos del mundo exterior, el deseo de abstracción halla su belleza en lo orgánico negador de la vida, en lo cristalino, y de una manera general, en toda norma o necesidad abstracta. El deseo de abstracción procede de la gran inquietud que siente el hombre ante los fenómenos del mundo exterior y corresponde, en términos de religión, al carácter trascendental de todas las representaciones. Según Worringer, ese deseo de abstracción está en el origen de todo arte y conserva su primacía en ciertos pueblos altamente civilizados, mientras que en los griegos, por ejemplo, o en otros occidentales, desaparece lentamente para ser sustituido por la proyección sentimental (C. Gelhaar).

Pero, entre naturalismo y abstracción, entre vida y claridad, he aquí a Klee con su peculiar utopía autoafirmándose como «cristal sangrante». Es curiosa esta apuesta que tanto coincide con la planteada por Bloch, también asiduo de los expresionistas e influido por Worringer. Para el filósofo alemán, toda la arquitectura histórica puede

reducirse a los paradigmas de lo geométrico-egipcio y de lo vitalista-gótico, como las verdaderas alternativas desiderativas. Pero el cristal de la muerte y el árbol de la vida aspiran en la ensoñación utópica a la reconciliación, porque, nos dice,

todas las grandes construcciones han sido, *sui generis*, en la utopía edificadas como anticipación de un espacio adecuado al hombre. Y lo humano así erigido, traspuesto en formas espaciales rigurosamente significativas es también, como cometido, un desplazamiento de lo orgánico y humano al cristal, como es también, sobre todo, una penetración de lo cristalino con el impulso, lo humano y la plenitud allí construidos. Cuando las condiciones para el orden de la libertad dejen de ser parciales, se abrirá por fin el camino, de nuevo, para la unidad de la construcción física y ornamento orgánico, para regalo del ornamento. Se abrirá *realiter*, por primera vez, sin Egipto aquí y el gótico allí, es decir, sin que lo que así se designa como cristal o árbol de la vida, tengan que seguir alternándose, mezclándose o envidiándose mutuamente. El cristal es el marco, más aún, el horizonte de la serenidad, pero el ornamento del árbol de la vida humana es el único contenido real de esta serenidad y claridad circundante. El mundo mejor que expresa y reproduce anticipadamente el gran estilo arquitectónico existe así totalmente a-mítico, como cometido real *vivis ex lapidibus*, desde las piedras de la vida.

¿Qué otros anhelos se revelan en esa curiosa afirmación del Klee del *Yo, el cristal*? He aquí lo que nos dice recordando a su amigo Marc, muerto en los campos de batalla, y afirmando frente a él su propio mundo artístico:

Mi amor se parece más al de los muertos o de los no nacidos... A mi arte le falta probablemente un rasgo apasionado de humanidad. No amo con una cordialidad terrena a los animales y a todos los seres del mundo. No me inclino hacia ellos ni los elevo hacia mí. Más bien me disuelvo primero en la totalidad y me encuentro después en un peldaño fraternal respecto del prójimo, respecto de todo mi vecindario terrestre. Yo poseo. La idea de la tierra pasa a segundo plano frente a la idea del universo. Mi amor es lejano y religioso. Todo afán fáustico me es extraño. Ocupo un punto de creación más lejano y original, en el que presupongo una serie de fórmulas para el hombre, el animal, la planta, la piedra, para la tierra, el fuego, el agua y el aire y para todas las fuerzas que giran al mismo tiempo. Mil preguntas se acallan como si hubiesen tenido respuesta. No hay ahí doctrinas ni herejías. Las posibilidades son demasiado infinitas; sólo la fe en ellas vive creadoramente dentro de mí. ¿Irradio calor? ¿O frialdad? Más allá de la incandescencia ya no se trata de eso. Y como no son muchos los que llegan hasta ese punto, son también pocos los que entran en contacto con ese mundo. No hay ninguna sensualidad, por no-